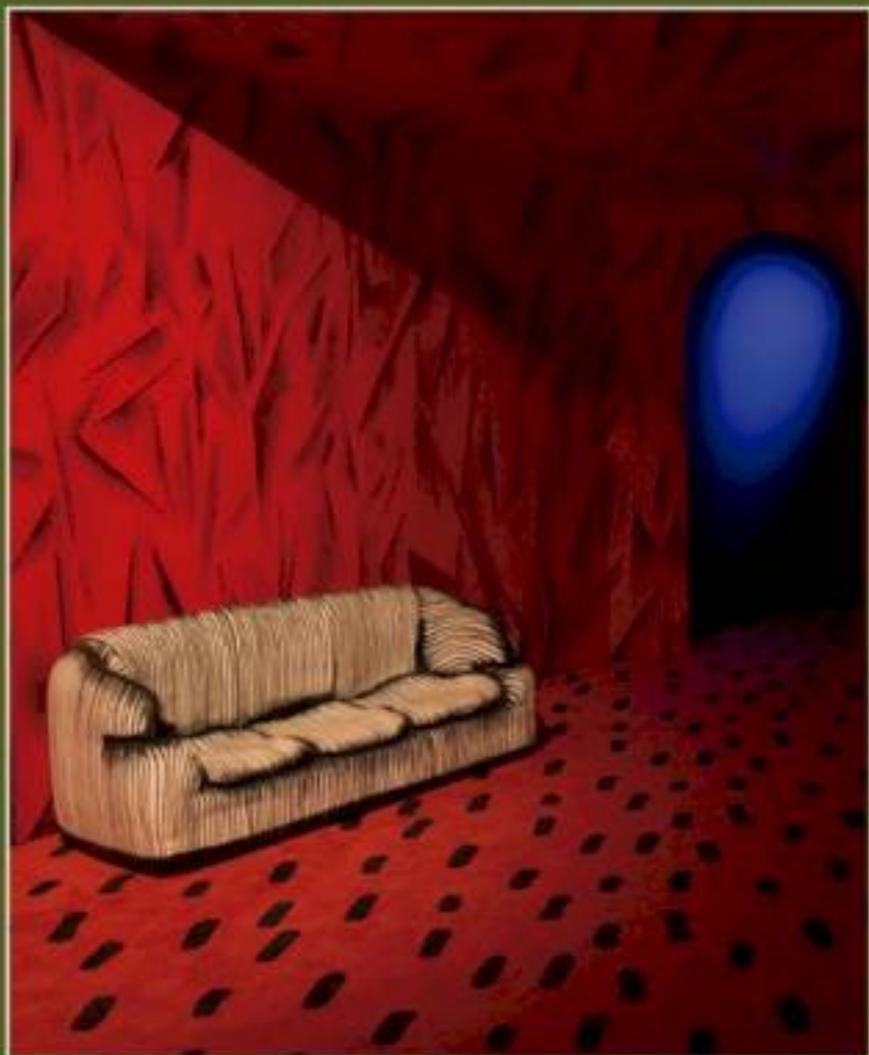


LEILA GUERRIERO

Plano americano



ANAGRAMA
Biblioteca de la memoria

Índice

PORTADA
AGRADECIMIENTOS
NICANOR PARRA. Buscando a Nicanor
MÁQUINA FOGWILL
IDEA VILARIÑO. Esa mujer
DOROTEA MUHR. La entrega
GUILLERMO KUITCA. Un artista del mundo inmóvil
SARA FACIO. Una cierta mirada
FELISA PINTO. Retrato de una dama
HOMERO ALSINA THEVENET. Vida del señor sombrero
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. El extranjero
DANIEL DIVINSKY. El adelantado
FABIÁN CASAS. Un veterano del pánico
LA DOBLE NATURALEZA DE LUCRECIA MARTEL
MARTÍN KOHAN. La infancia permanece
FACUNDO CABRAL. Soy leyenda
NICOLA COSTANTINO. Poner el cuerpo
MARCIAL BERRO. Objetos del deseo
PABLO RAMÍREZ. Hombre de negro
EL MUNDO, Y EL MUNDO DE MARTA MINUJÍN
JUAN JOSÉ MILLÁS. Al otro lado del espejo
LA LUJURIA ZEN DE CLAUDIO BERTONI
RICARDO PIGLIA. Nada es lo que parece
AMELITA BALTAR. Diva molotov
MARÍA NIEVES REGO. Tangos de amor y odio
HEBE UHART. La escritora oculta
ROBERTO ARLT. La vida breve
QUIÉN LE TEME A AURORA VENTURINI
NOTAS
CRÉDITOS

Para Diego, desde siempre y desde todas partes

AGRADECIMIENTOS

Matías Rivas, Milagros Abalo, Adán Méndez, Daniella González, Paula Escobar, Paula Coddou, Gazi Jalil, Daniel Samper Ospina, Diego Garzón, Amelia Castilla, Guillermo Altares, Gregorio Rodríguez Ramos, Hugo Caligaris, Milena Vodanovic, Marta del Riego, Virginia Galvín, Salvador Frausto Crotte, Natu Poblet, Maximiliano Tomas, Mario Jursich, Andrés Hoyos, Guillermo Osorno, Laszlo Erdelyi, Elvio Gandolfo.

Y Homero Alsina Thevenet, que hace tanta falta.

NICANOR PARRA
Buscando a Nicanor

Es un hombre, pero podría ser otra cosa: una catástrofe, un rugido, el viento. Sentado en una butaca cubierta por una manta, viste camisa de jean, un suéter beige que tiene varios agujeros, un pantalón de cordero. A sus espaldas, una puerta corrediza separa la sala de un balcón en el que se ven dos sillas y, más allá, un terreno cubierto por plantas, por arbustos. Después, el océano Pacífico, las olas que muerden rocas como corazones negros.

–Adelante, adelante.

Es un hombre, pero podría ser un dragón, el estertor de un volcán, la rigidez que antecede a un terremoto. Se pone de pie. Aprieta una gorra de lana y dice:

–Adelante, adelante.

Llegar a la casa de la calle Lincoln, en el pueblo costero de Las Cruces, a 200 kilómetros de Santiago de Chile, donde vive Nicanor Parra, es fácil. Lo difícil es llegar a él.

Nicanor. Nicanor Parra. Oriundo de San Fabián de Alico, 400 kilómetros al sur de Santiago, hijo primogénito de un total de ocho venidos al mundo de la unión de Nicanor Parra, profesor de colegio, y Clara Sandoval, ama de casa, costurera. Nicanor. Nicanor Parra. Tenía veinticinco años cuando la Segunda Guerra, sesenta y seis cuando mataron a John Lennon, ochenta y siete cuando lo de los aviones y las Torres. Nicanor. Nicanor Parra. Nació en 1914, cumplió noventa y siete. Hay quienes creen que ya no está entre los vivos.

Las Cruces es un poblado de dos mil habitantes protegido del océano Pacífico por una bahía que engarza a varios pueblos: Cartagena, El Tabo. La casa de Nicanor Parra está en una barranca elevada, mirando el mar. Tiene dos pisos, tres mansardas, los marcos de las ventanas y las puertas pintados de blanco, el Volkswagen Beetle en el que se mueve por la zona estacionado en el frente. En el antejardín, donde las flores y los arbustos crecen sin orden, hay una escalera que desciende hacia la puerta en la que un grafiti, pintado por los punkis de Las Cruces para que nadie ose tocarle la vivienda, dice: «Antipoesía». En el pasillo que conduce a la sala hay un mue-

ble con fotos familiares y, anotados con fibrón en la pared con su caligrafía de maestro, los nombres y los números telefónicos de algunos de sus hijos: Barraco, Colombina.

—Adelante, adelante.

El pelo de Nicanor Parra es de un blanco sulfúrico. Lleva la barba crecida, patillas largas. No tiene arrugas, solo surcos en una cara que parece hecha con cosas de la tierra (rocas, ramas). Las manos bronceadas, sin manchas ni pliegues, como dos raíces pulidas por el agua. Los ojos, si frunce el ceño, son una fuerza del daño. Cuando se ríe —y afina la voz como si fuera una muchacha encantada con las cosas del mundo— los abre con un asombro cómico, impostado.

—Amén, amén, amén —dice, haciendo la señal de la cruz con una botella de vino.

Sobre una mesa baja está el segundo tomo de sus obras completas (*Obras completas & algo †*) publicado cinco años después del primero por Galaxia Gutenberg, una edición a cargo del británico Niall Binns y del crítico español Ignacio Echevarría, con un prefacio del crítico estadounidense Harold Bloom que dice: «(...) creo firmemente que si el poeta más poderoso que hasta ahora ha dado el Nuevo Mundo sigue siendo Walt Whitman, Parra se le une como un poeta esencial de las Tierras del Crepúsculo». Hay también un ejemplar de la revista local de Las Cruces, cuya portada es una foto de Nicanor junto a su hermana Violeta, la folklorista más prestigiosa de Chile, que se suicidó en 1967 y a quien se sentía minuciosamente unido. La sala tiene, además de la puerta corrediza que da al balcón, un enorme ventanal cuyo alféizar está jalonado de botellas vacías en las que hay, a modo de adorno, ramas secas. Sobre el brazo de un sofá, un cheque en dólares por un monto bajo, y, sobre otro, el ejemplar del día del diario chileno *La Tercera*, abierto por la página en la que se publicó una reseña elogiosa de su libro. Parra se sienta en su butaca, de espaldas al mar y frente a una mesa baja de mármol.

—Hay que escribir sobre las obras completas del prójimo, ¿ah?

A fines de los ochenta, poco antes de mudarse a esta casa, cuando aún vivía en Santiago, dejó de dar entrevistas y, aunque siempre ha habido excepciones, las preguntas directas lo disgustan de formas impensadas, de modo que una conversación con él está sometida a una deriva incierta, con tópicos que repite y a los que arriba con cualquier excusa: sus nietos, el *Código de Manú* (un libro del siglo III antes de Cristo), el *Tao Te King*, Neruda. Puede engarzar esos temas a título de las cosas más diversas: derivar en el *Código de*

Manú a raíz de su viaje a la India; en sus nietos a raíz de Shakespeare o de la geografía.

—Hombres del sur. ¿Cómo se decía hombres del sur? A ver, a ver, cómo se dice hombres del sur.

Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, repite un mantra perentorio:

—A ver, a ver... ¿Cómo se llaman los pueblos del sur originarios de Chile? Antes se llamaban onas, alacalufes y yaganes...

—¿Selk'nam?

—Eso, eso. Selk'nam. Hay una frase. «La tierra del fuego se apaga.» Autor: Francisco Coloane. ¿Se ubica con Coloane, sabe quién es?

—¿Un escritor chileno?

—Una gran frase. Pero él era un personaje bastante antipático, ¿ah? Insoportable. Mal escritor, además.

—¿Conoce Tierra del Fuego?

—He pasado por ahí. Con un nieto mío, el Cristóbal, el Tololo. Tiene dieciocho, diecinueve años. Es el autor de frases muy fenomenales. Lo primero que dijo fue «dadn». Y después «diúc». Y finalmente «bijuá». Años después le dije: «Venga acá, usted me va a contar qué quiso decir con "dadn"». «Te voy a decir», me dice. En ese tiempo yo estaba traduciendo *El Rey Lear* y me paseaba de un lado a otro, y él estaba en su cuna, y yo recitaba *El Rey Lear*: «I thought the king had more affected the Duke of Albany than Cornwall. Y pensaba: «¿Cómo traduzco?» Y él ahí pescó el «diúc». Shakespeare. Y le digo: «¿Y el "dadn"». Y me dijo: «To be or not to be: that is the question.» That is: «dadn». «¿Y bijuá?», le pregunté. Y me dice: «Ah, eso ni idea.» Una vez la directora de colegio citó a una reunión urgente a su mamá. ¿Por qué? Porque pasaba lista y el Cristóbal no contestaba. Entonces le dijo: «Oiga, compadre, ¿por qué no contesta cuando paso lista?» «No puedo porque yo ya no me llamo Cristóbal. Ahora me llamo Hamlet.» Pero un día él estaba aquí, y le digo: «Hamlet.» Y nada. Y entonces le digo: «Hamlet, hace rato que lo estoy llamando y usted no contesta.» Y me dice: «Yo ya no me llamo Hamlet. Ahora me llamo Laertes.» Desde esa época yo renuncié a la literatura y me dedico a anotar las frases de los niños.

La frase puede parecer un chiste, pero no: Parra anota cosas que dicen sus nietos; o Rosita Avendaño, que cocina y limpia en su casa desde hace años; o la gente que pasa por ahí, y todo termina en la engañosa sencillez de sus poemas: «Después me quisieron mandar al colegio / Donde estaban los niños enfermos / Pero yo no les aguanté / Porque no soy ninguna niña enferma / Me cuesta decir las

palabras / Pero no soy ninguna niña enferma», escribió en «Rosita Avendaño», publicado por primera vez en el número especial que, en 2004, le dedicó la revista chilena *The Clinic*.

–Me interesan las frases del Tololo. O sea, por abajo, por abajo. Nada de Superyó. Ni siquiera Yo. Ni siquiera Súper. Ni siquiera..., ¿cómo se llama el de más abajo?

–¿El Ello?

–Eso. Ni siquiera el Ello. Pero atención, no hay que llegar al punto R. Hay países enteros que están en el punto R. Reptil. Cocodrilo. ¿Ha estado en la India? Hasta los niños miran como cocodrilo. No hay mirada occidental allí. Estuve una semana, diez días. Yo no conocía el *Código de Manú*. Si hubiera conocido el *Código de Manú*, me quedo. Porque más allá del *Código de Manú* no hay nada. El último verso del *Código de Manú* es el siguiente: «¿Por qué?, se pregunta uno. Porque humillación más grande que existir no hay.» Humillación más grande que existir no hay.

Mira hacia el techo y cuenta las sílabas con los dedos, llevando el ritmo con los pies: «hu-mi-lla-ciónmás...».

–Alejandrino. Atención. Dice el *Código de Manú*: las edades del hombre no son ni dos ni tres, sino cuatro. Primero, neófito. Segundo, galán. Tercero, anacoreta. Anacoreta. ¿Qué quiere decir eso? Que cuando nace el primer nieto, el hombre se retira del mundo. Renunciar al mundo es, primero, renunciar a la mujer. Nunca más mujer. Nunca más familia. Nunca más bienes materiales. Nunca más búsqueda de la fama.

–¿Y la cuarta edad?

–Ah, la cuarta edad. Asceta o mariposa resplandeciente. Quien haya pasado por todas esas etapas será premiado cuando muera. Y para el que queda a medio camino, castigo. Resucitará como cucaracha o ratón de acequia. En cambio el otro, el asceta, no resucita. Porque no hay humillación más grande que existir. El mejor premio es borrarlo a uno del mapa. ¿Y entonces qué hace uno después de eso? Uno se va de la India y se viene a Las Cruces.

No hay detalles, hay datos. Tuvo una infancia con privaciones y mudanzas –de San Fabián a Lautaro, de ahí a Chillán, de ahí a Santiago y de regreso a Chillán– de la que recuerda la falta de dinero y las peleas entre sus padres. Siempre escribió –poemas– y, a los dieciséis o diecisiete, partió a Santiago, solo. Gracias a una beca en la Liga de Estudiantes Pobres terminó los estudios en el Internado Barros Arana. El mayor de una saga de hermanos de oficios varios –

desde Violeta y Roberto, músicos próceres, hasta Tony Canarito, payaso que andaba por las calles ganando la moneda-, acogió en su casa y ayudó a los que, de ellos, quisieron mudarse a Santiago inaugurando un rol que desempeñaría para siempre: tótem familiar. Como tenía notas muy altas en materias humanísticas y no en ciencias exactas, su natural competitivo (cuentan que, durante un festival Chile Poesía, libró –y ganó– una despiadada guerra de pasos de tortuga con Gonzalo Rojas por ver quién llegaba último al estrado para llevarse todos los aplausos) lo empujó a estudiar Matemática y Física en la Universidad de Chile «para demostrarles a todos esos desgraciados que no sabían nada de matemáticas». En 1938, mientras se ganaba la vida como profesor, publicó *Cancionero sin nombre*, su primer libro. En 1943 viajó a Estados Unidos para estudiar mecánica avanzada en la Universidad de Brown; en 1949 a Inglaterra para estudiar Cosmología; desde 1951 enseñó matemáticas y física en la Universidad de Chile y, en 1954, publicó un libro que cambiaría todo –todo: la poesía en castellano– para siempre.

Nicanor Parra vive dentro de un método. Duerme muchas horas; come siempre lo mismo (sopas, cazuela, arrollado); escribe con una lapicera común de punta gruesa en cuadernos comunes de tapas negras; toma toneladas de ácido ascórbico siguiendo la teoría del Premio Nobel Linus Pauling que, en los años cincuenta, propició la cura de todos los males con la ingesta masiva de vitamina C. Tiene asma, jamás bebió en exceso, no fuma, no consume drogas y es, desde los años sesenta, ecologista. Los fines de semana lo visitan sus hijos, sus nietos, y amigos jóvenes con los que suele almorzar en restaurantes de la zona.

–A ver a ver, cómo era. «Bajando de Machu Picchu / Perlas challay / Me enamoré de una chola / Chiguas challay / Más linda que una vicuña / Perlas challay / Pero ella no me hizo caso / Palomitay.»

El poema se llama «Amor no correspondido». Es suyo, de los años ochenta, y lo recita entero, sin error.

–Qué memoria.

–En Chillán, yo tendría trece años, catorce máximo. Estaba en un sitio con mis compañeros de curso. Ellos no sabían que yo estaba ahí. Y uno le dijo al otro: «Inteligente Parra, ¿ah?» Y el otro le dice: «Memorió, querrás decir, huevón.» Era una ofensa que le dijeran memorió a uno.

Tenía poco menos de cuarenta cuando empezó a escribir poemas utilizando un lenguaje simple pero no ramplón, en el que no había ninfas, ni princesas, ni tritones, y en 1954 los publicó en un libro llamado *Poemas y Antipoemas*, donde, con un lenguaje de apariencia simple pero con un tratamiento muy sofisticado, revolucionó la poesía hispanoamericana: «Ni muy listo ni tonto de remate / fui lo que fui: una mezcla / de vinagre y de aceite de comer / ¡Un embutido de ángel y bestia!» El libro llevaba prólogo de Neruda, con quien Parra tendría una relación cargada de contradicciones, entre otras cosas porque su obra empezó a leerse como una reacción a cualquier forma de poesía ampulosa. Fue recibida con elogios altos: «Divagaciones extrañas, casi en prosa, mantenidas a fuerza de ritmo (...) y con una especie de embrujo (...). Son clarísimas, parecen elementales: eso las vuelve más misteriosas», decía Alone, el crítico más prestigioso de Chile por entonces. Siguió, a eso, una época pródiga: publicó *La cueca larga*, en 1958; *Versos de salón*, en 1962 («Durante medio siglo / la poesía fue / el paraíso del tonto solemne. / Hasta que vine yo / y me instalé con mi montaña rusa. / Suban, si les parece. / Claro que yo no respondo si bajan / echando sangre por boca y narices»); *Manifiesto* en 1963; *Canciones rusas* en 1967. En 1969 ganó el Premio Nacional de Literatura y publicó su obra completa en *Obra Gruesa*. Tenía cincuenta y cinco años, era defensor de la revolución cubana y miembro del jurado del Premio de Casa de las Américas cuando, en 1970, asistió a un encuentro de escritores convocado por la Biblioteca del Congreso de Washington y, junto a otros invitados, hizo una visita a la Casa Blanca donde los recibió, inesperadamente, la mujer de Nixon a tomar el té. La taza de té con la esposa de Nixon en plena guerra de Vietnam fue, para Parra, la aniquilación: Casa de las Américas lo inhabilitó para actuar como jurado y le llovieron insultos de los que se defendió con un comunicado que decía: «Apelo a la justicia revolucionaria. Solicito la rehabilitación urgente. Viva la lucha antiimperialista de los pueblos oprimidos, viva la revolución cubana.» Cuando volvió a Chile el presidente de la sociedad de escritores lo llamó «ególatra» y «hippie sexagenario», sus alumnos boicotearon las clases en la facultad, y él se plantó en el patio con un cartel que decía «Doy explicaciones», pero jamás las dio: jamás se las pidieron. Si su posición política cayó en sospecha, su obra no tardó en pasar al mismo plano: en 1972 publicó, bajo el título de *Artefactos*, una serie de postales en las que había frases acompañadas por dibujos: «Cuba sí, yanquis también», «La derecha y la izquierda unidas jamás serán vencidas», «A quemar zarzas, a ver si se nos aparece Dios», «Casa Blanca Casa de

las Américas Casa de orates». Los más amables dijeron que eso no era poesía. Los menos, que era la mejor propaganda que los fascistas podían conseguir. En 1977, durante la dictadura de Pinochet, Parra publicó *Sermones y prédicas del Cristo del Elqui* («Apuesto mi cabeza a que nadie se ríe como yo cuando los filisteos lo torturan (...) El general Ibáñez me perdona, en Chile no se respetan los derechos humanos»), y *Chistes para desorientar a la policía* («De aparecer apareció / pero en la lista de los desaparecidos»), pero, como sobre otros poetas que se quedaron en el país sin exiliarse, pesó sobre él cierta sospecha de no oponerse al régimen con demasiado ímpetu.

—En ese momento quedarse significaba avalar al gobierno —dice Sergio Parra, poeta, editor y dueño de la librería Metales Pesados, de Santiago, que lo conoce desde hace años y que, aunque comparte apellido, no es pariente—. Eso no fue bien visto. Pero él nunca fue políticamente correcto. No lo fue en el tiempo de Castro, no lo fue en el tiempo de Allende, y tampoco después.

«Lo primero, ya se ve, es la negación de la autoridad», escribe Niall Binns en el primer tomo de las *Obras completas*. «En términos políticos, Parra fue siempre un díscolo: en contra de la derecha durante el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964); contra la Democracia Cristiana de Eduardo Frei Montalva (1964-1970); a favor pero muy pronto crítico de la Unidad Popular de Salvador Allende (1970-1972) y uno de los opositores más destacados —desde dentro de Chile— a la dictadura de Augusto Pinochet (1974-1990).»

En 1985, publicó *Hojas de Parra* («No se extrañen / si me ven simultáneamente / en dos ciudades distintas / oyendo misa en una capilla del Kremlin / o comiéndome un hot-dog / en un aeropuerto de Nueva York / en ambos casos soy exactamente el mismo / aunque no lo parezca soy el mismo») y, poco después, se fue a vivir a Las Cruces. Siguieron, a eso, veinte años de silencio editorial solo interrumpido por reediciones y antologías. Dos décadas más tarde, en 2004, publicó, en Ediciones Universidad Diego Portales, la traducción de *Lear, rey & mendigo*, de Shakespeare, y lo firmó él, que, en la portada, aparece con el ceño fruncido y una mano adelantada en gesto de protección o de amenaza. La traducción se celebró como la mejor jamás hecha al castellano.

El cerco que ha tendido en torno a sí comienza en su ciclópeo recelo y termina en la avidez de quienes llegan a buscar algo que él no quiere darles. Durante once años, y hasta 2008, recibió en su ca-

sa a un hombre llamado Víctor Jiménez que grabó todos esos encuentros con una cámara oculta y estrenó este año, basándose en ese material, una película llamada *Retrato de un antipoeta*.

—Una vez me aparecieron dos aquí. Una preciosura rubia y una morena. «Hola, don Nicanor, somos de Cartagena, y no tenemos plata para volver, así que, por favor, denos para el bus.» Tú le das plata y ya estás frito. Hay cámaras ocultas. Hace semanas me golpearon la puerta. ¿Se practica el porno asalto? Parece que sí. Era una muchacha. La hice pasar y nada pasó, porque el dueño de casa tiene cien años, pero estábamos sentados ahí afuera y entró el novio, que esperaba que estuviera sucediendo algo. Ella me dio un libro de poemas que se llamaba *Valporno*. Se fueron y leí los poemas. Y dije: «¡Que vuelva, que vuelva!» Eran porno. Muy buenos. Pero vienen a hacerme trabajar gratis. Viene la televisión y dicen «Le hacemos un poquito de cosquilla al viejo, y que trabaje gratis». Yo les hablo, pero que se pongan.

Hace un tiempo le propusieron participar en un aviso publicitario para una campaña que apoyaba el consumo de leche. Como sabía que Shakira formaba parte del proyecto, escuchó la propuesta y dijo que quería cobrar lo mismo que ella. En el aviso, donde se lo ve con barba crecida y el cuello de la camisa estrujado, Parra mira a cámara y, antes de beber, dice: «Cero problema. Yo también tomo leche.» Después hace la V de la victoria. Al parecer, cobró, por treinta segundos de publicidad, treinta mil dólares. Desde entonces, cada vez que lo invitan a dar una conferencia, dice que su tarifa es de mil dólares por segundo. Se sabe que a un editor llegó a pedirle un adelanto de 4 millones de dólares, con el argumento de que eso era lo que había cobrado Clinton por escribir su biografía «pero yo soy más importante, porque los políticos pasan, pero los poetas quedan». Su interés por el dinero podría ser una rémora de aquella juventud de privaciones, o una forma de hacerse inalcanzable, o una conciencia muy contemporánea de cuál es su valor. Dicen que, desde siempre, con su dinero compra casas —tiene dos en Santiago, esta en Las Cruces, otra en Isla Negra— pero nadie sabe qué hace con aquellas que no habita.

—Él tiene mucha conciencia de lo que vale, y también en eso es un antipoeta. Eso no es lo que se espera de un poeta.

Matías Rivas es poeta, director de Ediciones Universidad Diego Portales, y quien se acercó a Parra para proponerle publicar la traducción de *Lear*, después de aquellos veinte años de silencio.

—Con él no puedes pretender cerrar un negocio en un almuerzo. Tiene que entablar una relación de confianza. Después que publica-

mos el *Rey Lear* entró en la universidad y eran miles de jóvenes detrás de él. Volvió convertido en un rock star. Los publicistas andan detrás como desesperados. Es mucho más cool para una marca de jeans tener a Nicanor Parra que al mejor modelo chileno. Porque es cool. Pero es cool de verdad. No es impostado. Es una luminaria: no es un ancianito. Está más vivo y despierto que uno. Por eso los interlocutores de su edad, o un poco menores, se quedan espantados con los *Artefactos*. Nicanor está en la onda punk, o heavy metal, y los interlocutores más viejos llegaron hasta su onda jazz. «Más vale nuevo que bueno», dice él.

La frase no es una declamación vacía: hace poco, Parra escribió un rap, «El rap de la Sagrada Familia», que cuenta la relación entre un viejo y una estudiante («En una aldea maldita / Con ínfulas de ciudad / Un viejo se enamoró / De una menor de edad / (...) El viejo rejuvenece / De pura felicidad / Y para alargar el cuento / Se casa con la beldad / Jesús de los afligidos / Hágase tu voluntad»), y su producción de *Artefactos*, que ahora acompaña con el dibujo de un corazón con ojos, no solo no ha dejado de crecer sino que se le han agregado los *Trabajos prácticos*, objetos intervenidos como una botella de Coca-Cola con un cartel que dice «Mensaje en una botella»; una cruz donde, en vez de Cristo, hay un cartel que reza «Voy y vuelvo», o una foto de Bolaño con una cita de Hamlet: «Good night sweet prince.»

—Me acuerdo que fuimos a su casa de La Reina, y tenía en la pared dos portadas del diario *La Segunda*: una decía «Se suicidó Laura Allende», la hermana de Allende; la otra decía «Baleado el Papa» — dice Roberto Merino, crítico y escritor chileno—. Yo creo que él desarmó la retórica de la poesía e impuso otro tipo de lenguajes. Echa luz sobre cosas que no existían antes de que se escribiera sobre ellas. Cierta metafísica corriente de la vida en la ciudad. No sé, meter una fuente de soda en un poema. Hasta entonces ningún poeta hubiera metido una fuente de soda en un poema. Los poetas hablaban desde las alturas del monte Sinaí, pero Parra habla desde otro lugar. Igual, hay algo engañoso ahí, porque no creo que sea poesía popular. El texto está puesto al servicio de algo muy sofisticado. Creo que la creencia de que es popular viene a partir de los *Artefactos*, que funcionan como eslóganes ingeniosos. Si Parra fuera eso, nada más, yo tendría que cambiar mi pensamiento. Pero cuando tú lees sus poemas, ves que es un poeta que tiene enorme sensibilidad con las palabras.

El día está despejado, limpio como una bandeja. Parra habla con comodidad en inglés, en francés, sabe algo de ruso (tradujo, con ayuda, una antología de poesía rusa). Ahora recita un texto tradicional en mapugundún, el idioma mapuche, haciendo una traducción simultánea:

–«Ahora diré», es la primera frase. «Creo que ya estoy viejo.» Segunda frase. «Me parece que ya crucé los ochenta.» Y el último es divertido. Dice: «O digo todo o me quedo callado.» El otro día lo estuve comparando con la primera estrofa de la *Ilíada*. ¿A ver, cómo empieza la *Ilíada*?

–«Canta, oh musa, la cólera...»

–Pero en griego, por favor, en griego. A ver, a ver.

Parra recita el comienzo de la *Ilíada*, contando los hexámetros dactílicos golpeando el piso con los pies enfundados en zapatones de cazador de patos.

–Yo pensaba hacer una traducción de *Hamlet* al mapugundún.

–Sin acento de Oxford.

–El acento de Oxford sirve nada más que para defenderse de los franceses.

–Parra aún conserva modales o gestos que pueden ser interpretados como infantiles –dice el crítico chileno Juan Manuel Vial–. Cuando se entusiasma con una idea o una ocurrencia, propia o ajena, comienza a zapatear de excitación –esto solo lo he observado cuando está sentado–, lo que produce cierto estruendo sobre el suelo de madera de su casa, sobre todo al ser un zapatón el causante de la vibración sonora. El adjetivo que Parra ocupa en esos momentos reveladores es «qué simpático». En su charla, ese es el adjetivo supremo. Siempre está esperando que su interlocutor adivine lo que él está pensando, siempre te está testeando, soltando pequeñas pistas, ya sea con pruebas de ingenio rápido o con inquisiciones soterradas que apuntan a la alta literatura. Sin embargo, nunca te hace sentir incómodo por eso; es, podría decirse, un ejercicio útil para sus propios registros. Aun el ignorante, mi caso, que percibe la jugarreta, no se siente intimidado. Tiene una fascinación por los versos isabelinos pícaros o por jueguitos de palabras en inglés, siempre de carácter ligeramente sexual. En cierta ocasión celebró el siguiente con un entusiasmo «qué simpático»: «There was a young girl of Balboa, / who had lots of fun with a boa. / She thought she could get it / all in if she wet it / in oceans of spermatozoa.» Parra cree que el útero es una cavidad de fondo insondable. Sus capacidades sexuales son míticas.

«Pienso, por un instante», escribe Hernán Valdés, en el libro *Fantasmas literarios. Una convocatoria* (Aguilar, 2005), «en los rumores sobre su vida privada, una primera mujer abandonada a una suerte miserable, cuántas sórdidas historias de la vida de cada cual que callaremos o que transformaremos cínicamente en literatura.»

No hay detalles. Hay datos. Se casó en 1940 con Anita Troncoso, fue padre de Catalina en 1943, de Panchita en 1945. Se casó en 1951 con la sueca Inga Palmen. Se enredó con la sueca Sun Axelsson que declaró, años después, que él la maltrataba. Tuvo un hijo con Rosita Muñoz que fue, además, su empleada. Formó pareja con Nury Tuca, con quien tuvo a Colombina y Juan de Dios. En 1978 conoció a Ana María Molinare. Él tenía sesenta y cuatro, ella treinta y dos. Estuvieron juntos no se sabe cuánto pero, al parecer, ella se fue y él mordió el polvo. El *Tao Te King* (nunca dice cómo) lo salvó. En esa época escribió uno de sus poemas más conocidos, un mantra majestuoso llamado «El hombre imaginario»: «El hombre imaginario / vive en una mansión imaginaria / rodeada de árboles imaginarios / a la orilla de un río imaginario / De los muros que son imaginarios / penden antiguos cuadros imaginarios / irreparables grietas imaginarias / que representan hechos imaginarios / ocurridos en mundo imaginario / en lugares y tiempos imaginarios.» Tres años después, Ana María Molinare se suicidó, arrojándose desde un octavo piso y eso dejó, en Parra, una huella feroz. En *Conversaciones con Nicanor Parra*, de Leónidas Morales (Tajamar, 2006), él dijo: «Era yo quien debió haber hecho lo que ella hizo.»

A mediados de los noventa conoció a Andrea Lodeiro, a quien llevaba varias décadas –al menos cinco, quizás seis– con quien estuvo hasta 1998. Desde entonces, en el gesto exactamente opuesto al de otros escritores de su edad, permanece –más o menos– solo. «Lo que yo necesito urgentemente / es una María Kodama / que se haga cargo de la biblioteca (...) con una viuda joven en el horizonte / el tiempo no transcurre (...) el ataúd se ve color de rosa / hasta los dolores de guata / provocados x los académicos de Estocolmo / desaparecen como x encanto», escribió en *Poemas para combatir la calvicie*.

Su reticencia a publicar es legendaria. Aun cuando con Ediciones Universidad Diego Portales hizo dos libros más –*Discursos de sobremesa* (2006), una serie de discursos leídos en ocasión de haber recibido premios, y *La vuelta del Cristo de Elqui* (2007)–, el proceso puede ser corrosivo: demora años en firmar el contrato, meses en